

sa se-
lejen-
y lujo
ro pa-
go, y
o, con
regio
lea de
Reti-
mnas,
estera
baile
porque
el año,
no se
ra. Al
n ele-
ñoras
eo en
e unas
ultado,
l prin-
is fies-
golpe

suyas.
despa-
s: por
n, por
queda
ante.)
el otro
ho de
na; tal
ciende
fondo
un to-
da día
o que
mo es
de la
arinos
a auto-
nuela,
ne los
o ocu-
r á Ce-
ligia...
recata-

ninuye
eo, en
icardo
Por lo
de los
onflan
veloci-
sa por

ontado
era un
s poe-
ónicas
ciones
espec-

los de
no me
oppée
es por-
rtículo

lugar
que á
oveles-
triotas
figura
abierto

n todo
n Fran-
or para
o deja

ra des-
caen,
a.

zán.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay quien cree que estamos en una época en que el espíritu humano ha roto sus cadenas de superstición y miedo, y vuela libre y atrevido por las regiones de la superioridad intelectual. Hay quien cree que la humanidad de hoy es distinta de la de ayer, y hasta supone que la de mañana ha de andar muy por encima de la que actualmente vemos y conocemos, siendo seguro que nos está preparada una edad de oro venidera, en la cual no habrá tuyo ni mío, sino que cada uno será un manso borrego y un hermano ternísimo para cada otro, y ni nadie tomará lo ajeno, ni nadie rehusará lo propio, ni habrá sino dulzura, paz, cordialidad y buenos procederes, todo ello sin necesidad de coacción alguna, sin jueces, soldados, cárceles ni leyes, en una apoteosis sublime de nuestra especie regenerada.

Viniendo al progreso á que en primer término me he referido, ó sea el de la rotura de las cadenas de la superstición, diré que acaso queden todavía algunos eslaboncillos arrollados alrededor del cuerpo de nuestra sociedad; sí; estoy persuadida de que quedan varios eslabones. ¿A qué podrá esto atribuirse? Siendo tan ilustrada la inmensa mayoría de los mortales, como á cada instante demuestran los hechos, ¿no es para admirar eso de que mil supersticiones no sólo se mantengan y persistan, sino que se propaguen y cundan á manera de mancha de aceite?

Empecemos por una de las más arraigadas, la de los trece á la mesa y del día trece en el calendario. Esta preocupación debe de ser atávica, y su origen supongo que se relaciona con la idea de la sagrada Cena, donde entre los Apóstoles y el Señor eran trece bien contados. De aquella Cena no le vino ningún daño á la humanidad, y sin embargo, el número trece contrajo un sentido fatídico: sentarse trece juntos á una misma mesa, fué anuncio de próxima muerte para uno de los comensales—el más viejo.—He contado alguna vez el suceso de la comida que en Lhardy nos ofrecieron varios ilustres escritores al ahora fallecido D. Juan Fastenrath y á mí. Al llegar yo á la sala donde el festín había de celebrarse, encontré á D. Ramón de Campoamor acurrucado en una esquina, muy cariacontecido y gacho de orejas. «¿Qué le pasa á usted, D. Ramón?—¿Que somos trece!—Una desgracia cuando sólo hay comida para doce.—Búrlate, búrlate... ¿Como no tienes mis años!—En fin, ¿se come ó no? Porque son las nueve y no falta apetito...—Lo que es yo, afirmé ya resueltamente el poeta, no quiero jugar un billete á la lotería de la muerte. No me siento.» Y hubo que buscar un número catorce, el conocidísimo librero D. Fernando Fe, que se puso el frac á escape y se vino á resolver el conflicto pavoroso, y á salvar á los *hors d'œuvres*, manteca y rabanitos, sardinillas y gordales, que desaparecían á paso de carga. Y fué lo bueno que, habiendo la prensa de aquella comida, me achacó á mí el miedo al número trece y la intervención del número catorce. Restablecí la verdad y referí la graciosa aprensión del gran poeta, y la primera vez que

volví á verle, se encaró conmigo indignado. «¿Por qué contaste que yo tuve miedo?—Porque decían que era yo la miedosa.—¿Y qué te importaba? El miedo, en las mujeres, es un encanto más.—¿Es un encanto creer en boberías?...» exclamé aturridamente. Campoamor se rió, porque, á fuer de poeta, si no era mujer, era niño; y después me dijo muchas y muy bonitas cosas respecto á lo subjetivo y lo objetivo en materia de aprensiones. Siento no recordar sus frases una por una.

Lo que recuerdo bien es que, cuando pasé temporadas en París, en el pueblo de la Toma de la Bastilla, del culto á Voltaire y de Zola en el panteón, saliendo un día del *restaurant* donde á veces almorzaba, vi á un señor muy peripuesto, con roseta roja en el ojal, que tenía trazas de esperar, apoyado en una jamba de la puerta. No sé por qué, aquel individuo bien trajeado y condecorado se me figuró un mendicante, y á mis preguntas, el mozo del *restaurant* contestó: «Es el señor catorceno.» (*Monsieur le quatorzième*.) Entonces averigüé que lo que aquí se hace por condescendencia, es en París un oficio, y oficio que sostiene al que lo ejerce. El catorceno, apostado en el *restaurant*, aguarda á que le llamen, y le llaman muy á menudo. Es frecuente el caso de reunirse trece comensales, y seguro que nadie quiere sentarse siendo trece á la mesa. Sube el catorceno, de roseta roja, y se le da un puesto, y come lo mismo que un sabañón, y al retirarse recoge una moneda de plata. *Diversus modus vivendi*, dirá, y con razón, el catorceno.

Quizás he hablado ya en estas crónicas de la persistencia de tales atavismos, y creo que puedo decir de su recrudescimiento; y si vuelve á mi pluma el tema, es porque noto que en España, sobre las supersticiones locales y nacionales, van injertándose otras extranjeras; la superstición, actualmente, se traduce. Antes se decía «mal de ojo»; ahora se dice *jettatura* en todas partes. En la sociedad de Madrid existe una señora cuya presencia se comenta en silencio, extendiendo el índice y el meñique y doblando los otros dos, y frotando aprisa los extendidos sobre madera (precisamente sobre madera). Lleva esta señora en la cara cierto sello de tristeza que acaso se deba á que conoce su mala fama. Por qué «goza» de fama semejante, es lo que ignoro. Es una señora vulgar, idéntica á las demás señoras; ni fea ni guapa; ni elegante ni cursi; un cero á la izquierda. Y trae la *jettatura*: su vista es fatal. Tampoco sé en qué consiste tal fatalidad; qué síntomas la caracterizan. Ello es que, al presentarse dicha señora, las fiestas se aguan.

Más fuerza que cuantos razonamientos pueden hacerse, tiene, en el espíritu humano, un sentimiento y un instinto. Y si á este instinto se añade lo persuasivo de algunas «coincidencias...», entonces conviene decir que la superstición se arraiga hondísimamente en aquella parte de nosotros mismos que resiste, y resistirá mientras haya hombres y estos hombres no sean puras máquinas lógicas, á los dictados de la seca razón.

No recuerdo dónde he leído un cantar americano, incorrectísimo en su forma, que reza así:

Tocoloco canta,
indio muere;
no será cierto,
pero sucede.

Estas cosas que «no son ciertas, pero suceden», confunden el entendimiento y vuelven á colocarnos frente al Misterio, á ese Misterio infinitamente más poderoso que nosotros; de lo Incognoscible, que nos envuelve y penetra como la niebla al cuerpo.

¿Preguntaríais á la razón por qué un tuerto es cosa muy infausta y un jorobado señal de grandes bienes y dichosos acacimientos? ¿Por qué, si al ver pasar un caballo blanco con manchas negras (preciso es confesar que no abunda este pelaje), repetís tres veces *dinero, dinero, dinero*, el dinero acudirá dócilmente? ¿Por qué, si regaláis un arma, tenéis que recibir una moneda de cobre, para que sea *vendida* y no *dada*, lo cual significaría *muerte*? ¿Por qué, si al saludar á una persona estrechándole la mano, vienen otras dos y hacen lo mismo por encima de vuestras

manos, cruzándose los saludos, es anuncio de que sobrevendrá la ruptura de las amistades? ¿Por qué salir de casa con el pie derecho da buena sombra? ¿Por qué la dan igualmente el trébol de cuatro hojas, el cochinillo, los cuernos de coral, el ahorcado? ¿Por qué la raíz de mandrágora es un talismán? ¿Por qué lo es igualmente cierta piedra azul, que se ha vuelto verdosa al macerarla en hiel? Etcétera, etcétera. Se podrían enlazar *porqués* hasta mañana—sin respuesta.

¡La mandrágora! Su solo nombre, ¿no os trae á la imaginación brujerías orientales, conjuros de maga, horribles escenas de maleficio y una sensación de vago recelo ante las fuerzas oscuras y ocultas de la naturaleza, nuestra madre y burladora?

De todos los talismanes que por ahí están más ó menos de moda, la mandrágora es el único que me parece en efecto talismán (séalo ó no por sus efectos; eso ya es otra cuestión, acerca de la cual yo podría extenderme en consideraciones de orden personal, y por lo mismo, sin valor alguno). Ello es que la mandrágora, aun cuando la he incluido entre los talismanes de moda, no lo es. La moda no lo conoce. Sólo he visto á una persona poseedora de una mandrágora (aparte de las que existen en los Gabinetes de historia natural de algunos conventos, de órdenes que tienen casas y misiones en los países de Oriente, donde la mandrágora se cria). En los jardines botánicos, la mandrágora debe de existir también; pero la mandrágora con hoja; y el verdadero talismán, señores, no olvidarlo, es la mandrágora en raíz, cuando reviste la forma de un cuerpo humano pequeño, de un *homínuculo* color de madera, que de noche se queja, llora y exhala gemidos del otro mundo...

Ese es el caso, ¡oh espíritus enamorados de lo quimérico! La raíz de mandrágora bien formada es una persona: está viva: su vida no es la grosera vida de la fisiología vulgar, sino otra mucho más sutil, escondida y rara, suficiente para que no se pueda herir á la mandrágora sin que sufra, para que arrancarla una pierna, digámoslo así, sea una mutilación, y contemplarla sin los paños que la cubren una especie de impudor, y desabrigarla de esos paños matarla de frío, y dejarla sola un abandono. En cambio de tantas precauciones y cuidados como requiere, la mandrágora ejerce una acción protectora sobre su poseedor, que me río yo de los demás amuletos, fetiches y *grí-gris*. Si vais en automóvil y os lleváis la mandrágora bien protegida en su caja, ni se romperá un neumático, ni *derapará* el artillugio, ni os sucederá, en resumen, nada malo; si vais en tren, no descarrilará; si echáis á la lotería, os tocará; si estáis enamorado, la mandrágora impedirá que os traicionen... Entre el puñal ó el revólver que os aceche y vuestro pecho, estará la mandrágora interpuesta para desviar el arma homicida; la mandrágora os ganará el pleito, la mandrágora os abrirá la puerta, la mandrágora os encontrará el objeto perdido, la mandrágora os reconciliará con el enemigo poderoso, os restituirá la suma ya olvidada, os cerrará el cajón que es peligroso dejar abierto, os restañará la sangre, os dirigirá el pie... ¿Qué no hará la mandrágora! Como que en ella está depositada toda la infusa ciencia del rey Salomón, todos los secretos del Oriente cabalístico, todas las fuerzas ignotas y benéficas que circulan alrededor nuestro y que no sabemos aprovechar ni dirigir para contrarrestar otras fuerzas dañinas que nos traen la mala pata...

Sí: ya que la superstición continúa infiltrada en las venas de este siglo tan despreocupado y escéptico, al menos que sea una superstición de abolengo: no creáis en el cerdito, ni en las trece uvas, ni en el caballo pío; creed en la mandrágora, reina de los talismanes.

Id á arrancarla en una noche de luna, á las doce en punto, en desierto páramo. Que á vuestro alrededor zumbe tristemente el aire, se estremezan las hojas del bosque que acabáis de cruzar, y los duendes os oigan, deseosos de impedir la profanación. Tirad fuertemente de las hojas: la raíz se quejará, y acaso sus extremidades destilen ese jugo negruzco que sirve de sangre á la pobre mandrágora, temblorosa de frío y de dolor sobre la tierra. Llevad prevenido el pequeño sudario de lino fino, guarnecido de encaje, para envolver á ese recién nacido, que es un muerto. Y cuando cobijéis á la mandrágora sobre vuestro corazón miedoso, sentiréis que se dilata de valor y de alegría... El talismán ejerce su poder.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.